

XLVI

A la mañana siguiente, muy temprano, llamaron á la puerta de la alcoba de Juan, quien no dormía en aquel momento; y sin esperar á que contestase, entró don Vicente en traje de camino.

— Vengo á proponerte una excursión — dijo. — Tengo que ir á un pueblo cercano, y si te decides, verás paisajes de primer orden.

— Me visto enseguida.

— Pon algo de ropa en una maleta pequeña, por si hacemos noche ó por si nos quedamos dos ó tres días. Si te gusta aquello, tal vez me decida á quedarme.

Cuando Juan salió, toda la casa estaba ya en movimiento. El sol acababa de salir é iluminaba las ventanas del piso alto, reflejando luces doradas sobre los primeros árboles del jardín, medio desnudos de hoja. La tartana esperaba frente á la puerta. Cristóbal corría ya de un lado á otro, como

siempre, entusiasmado ante la idea de hacer un viaje, por corto que fuera.

En cuanto vió á su primo, le gritó:

— ¿No traes la maleta?... Yo la sacaré. Anda, vé tú á desayunarte. Se nos va á hacer tarde.

Doña Micaela llamó también, desde el comedor. Todo estaba listo para que no se demorase la partida; y Juan apenas si tuvo tiempo de hacerse cargo de las cosas, ni de hablar con nadie en el apresuramiento de los últimos minutos. Cuando se vió metido en la tartana, camino de la sierra, le pareció aquello un sueño y miró con cierto asombro el paisaje de la llanura, que se alejaba cada vez más, velado por las nubes de polvo y por la niebla luminosa del sol.

Durante un largo trayecto, Cristóbal y don Vicente hicieron solos el gasto de la conversación. Juan callaba, hondamente preocupado. Apenas recobrada la reflexión sobre sus actos, había visto el aspecto grave, para él, de su sumisión á don Vicente, que ahora se le revelaba con toda su crudeza. No se atrevía á decirlo, pero pensaba sin cesar en aquellas gentes á quienes él había excitado para que sacudieran su apatía y se decidieran á dar un paso enérgico, y á las cuales abandonaba al llegar la hora de concretar la acción.

Esta idea no le dejaba gozar del espectáculo, verdaderamente soberbio, que empezó á descubrirse, á los pocos kilómetros de Villamar. Habían subido, por una cuesta agria que culebreaba en la ladera, á una de las primeras estribaciones de la

serranía, cuya altura dominaba, á un lado, inmensa extensión de mar, y á otro, una serie de barrancos y de cerros pequeños, que daban al lugar el aspecto de una masa ondulada. Mar y tierra veíanse á una profundidad grande, mayor sin duda que la verdadera por el desnivel brusco que existía desde el sitio por donde caminaba la tartana. Aquel abismo parecía desierto. Ni una casa, ni una choza lo animaban con el signo, siempre alegre, de la presencia del hombre. Los cerros, apenas vestidos por matojos de romero y otras plantas aromáticas de muy escaso desarrollo, mostraban por cien partes la blancura estéril de las rocas calcáreas; y los barrancos y vallecitos que entre ellos se abrían tenían un aspecto lúgubre, con sus plantaciones de almendros cuyas ramas negras, desnudas, evocaban la idea de un incendio que hubiese devastado el país, carbonizando los árboles. Sólo el mar azul, chispeante bajo los rayos del sol, cuya elevación rápida sobre el horizonte podía apreciarse á simple vista en aquellas horas iniciales de la mañana, parecía reír, en su eterna juventud que el invierno no marchita.

Don Vicente hizo parar el carruaje y bajaron, siguiendo á pie algún tiempo para contemplar aquel panorama de una hermosura extraña y turbadora. Juan cedió, al cabo, á la sugestión enérgica de la Naturaleza y se abandonó á las emociones que despertaba en su alma soñadora, ávida de grandes sacudidas. Cuando una curva del camino, que se internaba en las sierras altas, les ocultó el

paisaje, volvieron á montar, más animados que antes; y la conversación se hizo general.

— Ahora tenemos un buen trecho de carretera tristón — dijo don Vicente. — Vamos metidos entre montes, faldeando un barranco en que no hay más señal de vida que una posada, en la cual paramos para tomar algo y para que el caballo descanse; pero luego, entraremos en una campiña admirable, llena de casas de recreo.

Y siguió dando pormenores acerca del país, que conocía palmo á palmo, y respecto del cual sentía un entusiasmo sincero. Para él, no había en España, quizá en el mundo, nada tan hermoso como aquellas costas levantinas.

— La gente del Norte — decía — acostumbrada al verdor de los prados, á la humedad constante, suele despreciarlas por sequeronas y polvorientas. Pero eso mismo les da una gran variedad, según los sitios y las estaciones. Nuestras sierras están desnudas y calvas; pero nuestras hoyas, nuestros valles amplísimos, crían las mejores frutas, azucaradas como confites, y se visten al cabo del año con los trajes multiformes de dos ó tres cosechas diferentes. ¡Y luego, el mar, ese mar que trae el recuerdo de cien siglos de historia llenos de poesía!

Cuando hablaba de esto, don Vicente se transfiguraba. Al calor del entusiasmo, solía hallar, él, tan sencillo y llano en su conversación, frases de una elocuencia que arrancaba directamente del sentimiento y despertaba honda simpatía. Juan le siguió fácilmente por este camino, que le volvía á

los entusiasmos de las primeras impresiones en Villamar. Y uniendo, por irresistible tendencia intelectualista, el placer provocado por la Naturaleza con los placeres directos del espíritu, comenzó á evocar las imágenes del poema del Mediterráneo que la Musa helena cantó, en versos siempre jóvenes, al narrar las aventuras del Ulises clásico. Y aunque no veía entonces el mar, parecía tenerlo ante los ojos y que sobre su llanura inmensa, apenas rizada, corría la sombra augusta, gigante, de la diosa de ojos verdes, manantial de sabiduría y de prudencia.

Con estas y otras cosas que don Vicente supo provocar, el viaje se les hizo corto. Cuando entraron de nuevo en la campiña, Cristóbal llamó la atención hacia una montaña, al parecer muy alta, que frente á ellos, muy próxima al mar, alzaba su cono finísimo, cortado en la cumbre como por una dentellada profunda, de una regularidad geométrica pasmosa, vista desde allí.

— Mira Altona. Esa brecha la hizo la espada de Roldán, según dice la leyenda.

Los flancos del cono, cubiertos en algunas partes de bosque, que se distinguía perfectamente, parecían sonrosados bajo la luz del sol; y las sombras de los recodos y honduras, en vez de ser violáceas, como al caer de la tarde, dibujábanse en negro, acusando el relieve, mucho más complicado de lo que á primera vista parecía.

— Pues ahí vamos — dijo don Vicente. — Al pie de la mismísima cortadura.

La tartana corría ahora velozmente por un llano cubierto de plantaciones, algunas de las cuales conservaban su verdor. El mar veíase de nuevo, á la derecha, formando un seno profundo. Atravesaron un pueblecito, sin detenerse.

— Es Villarica — apuntó Cristóbal.

La carretera se acercaba al mar, cuyo rumor sobre la playa de guijarros oíase á veces. Altona iba poco á poco cambiando de sitio, como si caminara hacia el Norte, ocultándose por la izquierda de los viajeros. El caballo parecía animarse, quizá adivinando próxima la cuadra. Atravesaron otro pueblecito, que se prolongaba mar adentro, dando la impresión de un cabo artificial, en cuya punta se alzaba la iglesia, de muros fuertes, que la espuma salpicaba en días de viento. Más allá, rompía la superficie tersa del agua una isla, dorada por el sol. El camino torcía de repente tierra adentro, escalando una ladera, suave al principio; luego, aguda y agria, hasta rematar en unos picos oscuros, á gran altura.

— ¿A que no sabes qué montaña es esa? — preguntó Cristóbal.

Juan miró, queriendo reconocer.

— Altona — dijo don Vicente. — Parece mentira, ¿eh? Es que ahora la vemos por la espalda y la tiene menos erguida que el pecho. La cortadura no se ve bien desde aquí.

Abandonando la carretera, tomaron por un camino vecinal que seguía subiendo por junto á un barranquillo cultivado en escalones, con gran nú-

mero de parras y árboles frutales. A intervalos, cuando el traqueteo de la tartana no era mucho, se oía el rumor de una corriente de agua invisible. Mirando hacia arriba, veíase á media ladera una casa de campo, con galería acristalada en el primer piso, que parecía asentarse sobre una faja de verdura tras la cual adivinábase la planta baja. De un campo vecino salió esta canción, cantada por una voz varonil que desafinaba horriblemente:

Si en el quinto no hay perdón
Y en el sexto no hay rebaja,
Bien puede Nuestro Señor
Llenar el cielo de paja.

El cantor decía «rebaca» y «paca», denunciando su poca costumbre de hablar castellano. Cuando calló, después de repetir dos veces la cuarteta, prodújose la ilusión de que se llevaba consigo todos los rumores del campo; y en el silencio que se hizo, resonaron como en una habitación vacía los ejes y los cristales de la tartana, junto con el golpe sordo de las herraduras del caballo. La casa iba acercándose, sin que asomara en ella ninguna figura humana.

— Ya estamos en Benisala — dijo don Vicente.

Y á poco, el carruaje entró en un soportal sostenido por pilares revocados de yeso, y paró bruscamente.

Un hombre alto, escuálido, con la barba desaliñada, vestido como aldeano y con la cabeza cu-

bierta por una gorra de las que suelen llevar los marinos en días de gala, se acercó entonces, y con acento que quería ser afectuoso sin poder ocultar su rudeza, exclamó:

— ¡Bien venidos, señores!



XLVII

Don Jaime Selfa era un personaje singular, en quien se juntaban, por extraña concurrencia, muchas cosas distintas, cada una de las cuales hubiese bastado para ocupar la actividad entera de un hombre. Había sido, durante muchos años, capitán de un velero dedicado al cabotaje y conocía bien los sufrimientos y los azares de la vida del mar. Celosísimo en el cumplimiento de su deber y, al propio tiempo, dotado de un ojo perspicaz para los negocios, no sólo había logrado ventajas para la casa armadora, sino que supo obtener repetidas veces ganancias importantes por propia cuenta. Los achaques y el deseo de comerse tranquilamente lo ganado, le hicieron abandonar la capitania; pero como era de familia de labradores, y de la herencia paterna le había correspondido la haciendita de Benisala, en ella se refugió, después de ensanchar sus límites con algunas compras, decidido á sacarle el jugo lo mejor que pudiese. Era solterón

recalcitrante; y aunque tenía algunos parientes lejanos, procuraba que no se le acercasen mucho.

— Ya se acercarán bastante cuando yo me muera — decía.

Como Benisala distaba poco del mar, Selfa, en los ratos que la agricultura le dejaba libre, se daba grandes paseos en una lancha aparejada de balandra, que causaba la envidia de todos los vecinos del pueblo próximo, Benidacar. También era cazador y con una seguridad de puntería admirable. En las horas calurosas del estío y en las de lluvia en invierno, se dedicaba á la marquetería, con una habilidad y una paciencia pasmosas. No era menos celebrada su pericia en ingertos y selección de frutales. Tenía temporadas. Unas veces le atraían los manzanos; otras las frutas de hueso. Ultimamente, la uva constituía su especialidad. Gloriábase de tener la más temprana de toda la provincia, entre las cultivadas al aire libre, y la más tardía; de suerte, que en aquella casa se comía uva fresca la mayor parte del año; y para que hubiese de todo, dejaba unos cuantos racimos de corinto hasta que se convertían en pasa natural, de un paladar delicioso. Finalmente, de vez en cuando le acometían caprichos singulares hacia diversiones ú ocupaciones muy diversas: la cría de palomos; la de abejas; la de cabras, con lo cual acababa de complicar su vida afanosa.

Era, por otra parte, un hombre buenísimo; honrado hasta la meticulosidad; amigo de servir á todo el mundo, con tal de que no le pidieran cosas

injustas; decidor y bromista cuando se le pinchaba y siempre que el círculo de oyentes le inspirase simpatía; pero, fuera de esto, muy sobrio de palabras y, á pesar de su amabilidad efectiva, hosco de maneras. Por don Vicente sentía un respeto grandísimo. Le debía la vida, en forma de curación de una enfermedad grave de estómago. Su alegría fué, pues, muy grande cuando, en la noche anterior, llegó á sus manos una esquelita del señor Galvis anunciándole que iría á pasar con él unos cuantos días, quizá una semana. Esto bastó para poner en plena revolución la casa, movilizándolo el personal útil, consistente en el casero, su mujer, un hijo de ambos y una criada vieja, hábil en componer los guisos de la cocina regional.

Como los viajeros llegaron muy cerca de las doce, no tardaron en sentarse á la mesa, preparada en la galería. La comida fué muy apetitosa; pero los convidados, más que á concederle todos los honores que merecía, se distrajeron en admirar el espléndido paisaje que desde allí se disfrutaba. Al frente, el mar, encerrado en una ensenada entre cuyas dos puntas y, aparentemente muy próxima, alzabase la isla, de un tono azulado que le daba el aspecto de algo aéreo, flotante á ras del agua. Un desnivel de la costa ocultaba la línea en que reventaban las olas sobre la arena, aunque se adivinaba por el sordo rumor característico, que de vez en cuando traía el viento. Enseguida comenzaba la pendiente, rápida y prolongada hasta la casa misma, desde la cual producía la impresión de uno

de esos planos de montaña rusa, cuya sola presencia da el vértigo á las gentes nerviosas. La tierra era en todas partes de un gris oscuro: verdoso en los sitios por roturar, llenos de maleza; ligeramente rojizo en los cultivados, cuya superficie había sido labrada y removida recientemente. Por derecha é izquierda, el suelo subía formando como las paredes de un callejón, cuyo punto central era Benisala, uniéndose por detrás de ésta, al parecer, con los picos superiores de Altona. Y en toda aquella cuesta amplia y sombría, sólo dos casitas dependientes de Benisala, pero distantes de ella, servían para recordar que aquellos lugares tenían alguna relación con el mundo. Aun así, la impresión general era de aislamiento y soledad, de algo salvaje y apartado, que atraía y atemorizaba al propio tiempo. Juan pensó que cuando el mar estuviese en calma y los escasos trabajadores de aquellos campos no distrajesen su labor con canciones, lo cual sucedería con frecuencia, el silencio sería allí como el de las grandes alturas, donde sólo el viento, al rozar con las hojas de los árboles, remeda voces melodiosas, apagadas, llenas de misterio.

Bien había escogido el sitio don Vicente. Ninguno mejor para serenar el ánimo, para comunicarle el reposo profundo de la vida de las cosas, para separarle de las preocupaciones del mundo. Y Juan, que ansiaba volver al sosiego delicioso de los primeros días, agradeció en el fondo de su alma aquel viaje que le permitía luchar con ventaja contra la exaltación que tan enérgicamente había

reaparecido en él. Sintió como un llamamiento que partía de la Naturaleza y le empujaba á sumirse en aquel sagrado silencio, henchido de bellezas, que pedían una contemplación honda, desligada de todo otro cuidado. Como si le pasaran una esponja húmeda por el cerebro, borraróñsele de golpe las preocupaciones que horas antes le agitaban en Villamar. Volvió á sentir aquella ilusión de la distancia multiplicada, inmensa, que experimentó respecto de Madrid á poco de llegar al campo. Otra vez todo lo humano reculaba en el horizonte, esfumándose en lejanías á cada momento más borrosas; y nuevas ideas, perspectivas de placeres inesperados, llenaban el vacío que iban dejando las excitaciones enfermizas.

Después de comer, dieron un largo paseo por la hacienda. Don Jaime explicaba una por una las cualidades del país, de los cultivos, las direcciones de vida que allí se ofrecían al que tuviera tiempo disponible. Llegaron hasta el origen de la corriente de agua que habían oído antes. Era un manantial á ras de tierra, que salía á borbotones, con suave ruido.

— ¡Buena ganga tiene usted aquí! — dijo Cristóbal. — Si allá tuviésemos algo parecido...

Don Jaime movió la cabeza y las arrugas de su frente se fruncieron, como si le asaltase una idea desagradable. Pareció vacilar un momento, como quien no se atreve á decir una cosa. Miraba á Juan con aire que significaba el deseo de hacerle una pregunta. Al fin dijo:

— Poca cosa. Necesitaría el doble; y ahora más, porque hay quien se llama á la parte.

Enseguida, cambió de conversación.

Bajaron á la playa, pedregosa y tristoná. Juan llevaba la ilusión de embarcarse en la balandra de don Jaime; pero éste declaró que no podía ser entonces. El viento había arceciado y amenazaba duplicar su violencia. Veíase la isla rodeada de una cintura de espuma que, á veces, subía muy alta, disolviéndose en gotitas diminutas, que formaban una niebla blanquecina.

— Vamos á tener temporal — afirmó el señor de Selfa. — Será de viento y duro... Pero no tema usted — añadió al advertir que don Vicente hacía un gesto de disgusto. — En tierra no sufriremos nada. Si llueve será poco y podremos pasear en grande.

Así fué. Los días siguientes los dedicaron á recorrer la falda de Altona, más salvaje cuanto más se ascendía por ella, hasta los picos superiores, abordables por muy contados sitios. Juan se apasionó por estos ejercicios. Encontraba un gran placer en escalar las alturas; en sentarse sobre las rocas peladas, cuya base se hundía en un suelo cubierto de tomillo, de romero, de salvia y otras cien plantas humildes ricas en aromas, para contemplar desde allí, sin hablar, abismándose en la contemplación misma, el plano inclinado en que Benisala parecía sostenerse por un milagro de equilibrio; y al final de él, la superficie agitada del mar, que sólo muy de tarde en tarde animaba la

silueta de un vapor cruzando al largo, ó de una lancha pescadora. Gustaba especialmente de los sitios bravíos, en que la huella humana desaparecía por completo, porque en ellos sentía un reposo profundo que le arrastraba al olvido de todas sus preocupaciones. Dando la vuelta á los picos, divisaron tierras nuevas, valles alegres, en cuyo fondo brillaba el blanco caserío de algunos pueblecitos; y aunque don Jaime propuso ir á ellos, Juan se negó, alegando que se encontraba muy bien allí, en plena Naturaleza, porque el espectáculo humano no le ofrecía novedad alguna.

Sin embargo, había momentos en que el recuerdo de Andrea y el de las excitaciones á los labriegos de Villamar volvían nuevamente á su memoria. Este último le era en particular doloroso. No quería pensar en ello; lo rechazaba indignado como cosa molesta que le amargaba los placeres del espíritu; pero el recuerdo seguía trabajando interiormente, y una noche, al retirarse á descansar, se sorprendió él mismo formulando, sin darse cuenta, esta pregunta dirigida á don Vicente:

— ¿Qué pensarán de mí en Villamar? ¿Me pondrán un farsante?

Era la idea que le perseguía desde que salieron de Ronesa.

Don Vicente contestó, afectando no dar importancia á la cosa:

— Ya les hice saber lo que convenía. Soy yo ahora quien gestionará el asunto, y confían en mí.



XLVIII

Al llegar el quinto día de su retiro en Benisala, Juan empezó á advertir en él como una reacción. No sabía si era el cansancio producido por las mismas impresiones repetidas que iban perdiendo la poderosa fuerza de su novedad; ó si la insistente y profunda contemplación de lo externo en que se abismaba horas y horas, había concluído por llevar al espíritu á un inconsciente trabajo de introspección, en que, sin querer, atendía cada vez más al eco que en él despertaban las imágenes, á la reflexión sobre éstas, abandonando su origen exterior que fué, al principio, el que dominaba. Y por un efecto natural de esta reclusión en sí mismo, fueron resucitando poco á poco las ideas antiguas, evocadas por misteriosas asociaciones con lo presente que, de momento en momento, perdía su influencia. Procuró Juan reobrar contra esto, inventando, de acuerdo con don Jaime, nuevas excursiones que excitasen la corriente de ideas que le convenía sostener.